

CRÍMENES PARA LA BENEFICENCIA PÚBLICA



Joaquina Rodríguez Plaza

Las Bañistas

El mar estaba esplendoroso.

Había pasado horas regodeándome en el agua, hasta que ya un poco fatigada volví a la playa a descansar y continuar en la contemplación de los azules. Junto a mí se había instalado una mujer joven en bikini con todo un despliegue de toallas, lociones, aceites, gafas, pañoletas, sombrero, bolsas, etc. (El etcétera no hay que menospreciarlo). Se untaba bronceador cada tres minutos y volvía a tenderse al sol: unas veces boca abajo, otras boca arriba. Cuando lo último, se colocaba unos anteojos negros opa cos y sin patillas que le cubrían única-y exactamente los párpados, así que no podía ver nada, ni siquiera el cielo azul que le quedaba justo encima de esas

órbitas desorbitadas y sin mirada.

Me sorprendí cuando la vi dirigirse a la orilla del agua. Como era de esperarse, no se sumergió. Su peinado seguía perfecto cuando regresó a secarse con una total primorosa. Con palmaditas distribuidas por todo su cuerpo se quitaba las gotas de sal y volvía al unto de aceites y lociones.

Yo estaba de regreso en el mar cuando vi su cabello perfectamente acomodado a unos cuantos metros de mí.

Me sumergí y nadé por debajo hasta encontrar aquellos pies con uñas pintadas de rojo escarlata. No resistí la tentación de tirar hacia abajo.

Al día siguiente oí que los mozos del hotel aún buscaban a la dueña del salón de belleza portátil abandonado en la playa.